



### **EL CARRO-CISTERNA QUE YA NO LLEVA VINO, CON ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA SOBRIEDAD Y LOS ORIGENES DE LA AFICION A LOS SABORES EXTRAÑOS**

En otras circunstancias, diría de este juguete que es un caballo tirando de un carro-cisterna lleno de agua. Pero como vivimos tiempos de sequía, tengo que decir que lo que lleva el carro-cisterna es vino. Perteneció a Don Venerando Corregidor, de Villamuelas del Pan, propietario de viñas, filántropo y cachondón.

La vendimia es en Villamuelas del Pan la época más dichosa del año. Mozos y mozas concurren a los viñedos de Don Venerando, y entre pellizcos, meteduras de mano y dionisiacos atracones, recogen en grandes banastos la uva de la que luego saldrá el buen vino.

Don Venerando regala este bidón de vino al pueblo. El caballito se pasa los días recorriendo las calles y deteniéndose donde algún vecino le dice “¡So!” para abrir la espita y echar un trago. La consecuencia es que durante varios meses todos los villamuelenses están completamente beodos. Sólo Don Venerando, que en el fondo es un dictador, se mantiene sereno y con la mente despejada. Su generosidad le ha convertido en un señor feudal aclamado y querido. Ello le permite vivir bien, tirarse de vez en cuando a una jovencita de prietas carnes y considerarse con el salvoconducto en regla para traspasar el umbral del cielo cuando llegue la hora.

El caballo tampoco se emborracha. Cuando le dicen que se detenga, se para sin chistar. Espera a que el vecino beba y luego sigue su camino. ¡Tantos años lleva ya repitiendo

este servicio!. Un día bebió vino de un charco que dejó alguien demasiado lento para cerrar la espita. No le gustó nada. El agua del río y a hierba fresquita sabían mucho mejor.

A mí no me hubiera hecho feliz ser de Villamuelas del Pan, porque no soy un entusiasta del vino. Salvando las distancias, opino como el caballo. Pese a mis ya largos años, no he tenido tiempo para sofisticar mi paladar, y el agua me sí que pareciendo infinitamente más rica que el mejor reserva de Voga-Sicilia. Si fuera vino lo que llueve del cielo y corre por los ríos, y el agua naciente de la uva, una botella de agua sería catorce veces más cara que una de Vega-Sicilia. Sencillamente, porque sabe mejor.

El único juez válido para dictar esta sentencia es un niño. Cojamos a un bebé y démosle un biberón de vino. Se pondrá morado, su cara tomará un aspecto feísimo y su lengua escupirá el mosto. Démosle agua. El niño beberá entusiasmado, tragará feliz y nos mirará con gesto agradecido.

Si está probado que el alma de un niño es siempre buena, hay que aceptar que sus gustos son un reflejo de esa bondad natural. No aman el fuego porque les quema el culito, de donde se demuestra que el fuego aplicado al culo es siempre malo.

Odian los pinchos porque les hacen pupa, y los pinchos son tenidos como cosas poco deseables. Detestan, en fin, el trueno, porque es muy molesto y les asusta. Ya mayorcitos, nos damos cuenta de que las explosiones y los grandes ruidos en general hacen daño a los oídos.

Cuando los sabios niños beben agua, y no vino, por algo será. Bendita sea pues la lluvia que tan de tarde en tarde nos manda el Señor.

A pesar de este elemental razonamiento. He observado en materia de gustos a lo largo de mi vida una estúpida obcecación general en torno a la bebida. Particularmente en nuestro país, no ser aficionado a beber vino o bebidas alcohólicas es como una especie de ofensa a la comunidad. Infinidad de dichos populares, algunos de ellos plasmados en dogmáticos epitafios, reservan el agua para las ranas o para los camellos, en tanto que asimilan la afición al trinquí con la hombría. Si no fuera por la firmeza de mis creencias tendría que pensar muy seriamente que yo, ni bebedor ni fumador, era un homosexual “cum suma laude”. Me ha hecho falta engendrar dos hijos para que mucha gente,

supongo yo, me conceda un margen de confianza. ¿Qué se podía pensar de un tipo cuya máxima aspiración es veranear en un balneario para tomar aguas y, a lo sumo, merendar un té con pastas?

No me hicieron falta muchas dotes de observador para darme cuenta de que mis héroes bebían y fumaban. Sin fuerza física, ni arrojo, ni arrogante belleza, ni posibilidades de viajar, tal vez fuera beber y fumar lo único que me acercaría a ellos. Había que intentarlo pues.

Durante mucho tiempo violé las limitadas reservas vinícolas y licoreras de mi padre para atizar clandestinamente mis buenos lingotazos. El vino nunca me gustó especialmente, pero la ginebra recuerdo de Robinson Crusoe no me parecía mala, aunque me quemaba la garganta. Abría el pequeño bar, cogía la botella y bebía a morro. Tras ocultarla celosamente, salía de puntillas con los ojos brillantes y describiendo eses.

También probé el tabaco. Fue un verano, en Somo. Junto con mi hermano Carlos y unos amigos, compré una cajetilla de un veneno llamado “Peninsulares”. Nos reuníamos en la cabaña todas las mañanas y aspirábamos aquel horrible humo sintiéndonos unos hombrecitos hechos y derechos. Un día noté que se me nublaban los ojos y me daba vueltas la cabeza. El intento de tragar el humo me había provocado además una tos espantosa. Entonces me planteé a mí mismo una pregunta importante. “¿Es necesario que fumes para ser un hombre?”.

Me hubiera gustado que el fantasma de El Cid, del Teniente Ruiz o de Buffalo Bill se me hubieran aparecido en ese instante para confirmar que ellos tampoco fumaron. Pero no me hizo falta su aval. Aquel día decidí que no iba a seguir torturando el paladar y los pulmones. Si luego salía mariquita, mala suerte, pero a mí no me complicaba la vida el tabaco. Así que dejé de fumar.

Para abandonar el alcohol no me hizo falta ser tan terminante. Un traguito, para quedar bien ante los demás, lo podría admitir en cualquier momento, en tanto que a solas, siempre tendría la posibilidad de entregarme a la Coca-Cola, el té con leche o el colacao, que era lo que me gustaba. Además del agua fresca, claro.

Conocida mi rebeldía a los pequeños vicios, puede parecer inaceptable mi teoría de que

“casi todas las buenas personas prefieren el dulce a los sabores fuertes”. Mis amigos sostienen que me he inventado esa historia porque estoy entre ellos, y claro, no vale. Sin embargo no lo hago con afán de sobreestimarme. Creo, simplemente, que es verdad.

Los hombres curtidos suelen despreciar el sabor dulce. Aman más bien los sabores fuertes, así como la sensación ardiente del tabaco y del alcohol. Y ya se sabe que las diferencias entre un niño y cualquier hombre curtido son abismales. Aquél es siempre un alma virgen, en tanto que éste es un alma prostituida.

Esto no quiere decir que todos los hombres curtidos sean malos y todos los niños con pelos en las piernas buenos. Quiere decir que un hombre que conserve un espíritu infantil tiene más posibilidades de ser bueno que el que se ha resabiado a lo largo de la vida. Y evidentemente, el apego por el sabor dulce, la no admisión de sabores extraños, es un síntoma de lealtad a la infancia. Porque para aceptar estos sabores es preciso educar e incluso engañar al paladar. Lo que, en definitiva, es traicionar nuestra autenticidad. El niño que se obliga a degustar el alcohol o el tabaco, comete un acto de infidelidad para con su natural forma de ser.

Insisto: no me considero un Santo Niño del Remedio ni un San Pascual Bailón. Pero creo que me encuentro potencialmente en mejores condiciones para ser bueno que los bebedores y fumadores. Si no lo consigo, será porque el pecado es demasiado apetitoso. Pero que conste que tengo el paladar a mi favor.

Actualmente no sólo me es imposible convencer a ningún niño de que soy uno de sus héroes, sino que ni siquiera quedo bien ante la sociedad. Un hombre que en un “cocktail” no es capaz de mover con soltura ni un largo emboquillado ni un vaso de whisky, tiene muy poco que hacer. Tal vez por eso decidí ensayar nuevos métodos para que no me tomaran por una especie de maniquí de El Corte Inglés. De vez en cuando me arranco y canto como Conchita Piquer (eso ya lo he dicho en otra parte) o imito las declaraciones de un futbolista del Rayo Vallecano. Como la gente es muy simple, suele creer que soy un tipo raro, poco vulgar. Pocos se dan cuenta de que si hubiera domesticado mi paladar, y lograra aguan *tar un “on the rocks” o un cigarrillo americano no obraría m* de esta forma.

Por eso creo que ha llegado la hora de reivindicar este juguete. Tantos años prestando el servicio de nodriza de borrachines, han hecho pasar inadvertido al carro-cisterna y a su caballito. ¡Qué injusticia!. Cualquiera niño del mundo se que daría prendado de su trotecillo, y en cambio despreciaría ^ olímpicamente una sola gota de su mosto.

¿No será porque realmente es una cosa mejor?. Olvidemos que tenemos el deber de estimularnos, de accionar con algo en las manos, de componer una imagen adulta que nos otorgue una gran aceptación social ... ¿No es cierto que en condiciones naturales, sin pensar en que tenemos que aparentar madurez, resulta mucho más halagador un caballito tirando de un carro que un vaso del mejor vino?. Eso es lo que pensaría un niño.

Y los niños siempre tienen razón...

Luis Figuerola-Ferretti Gil